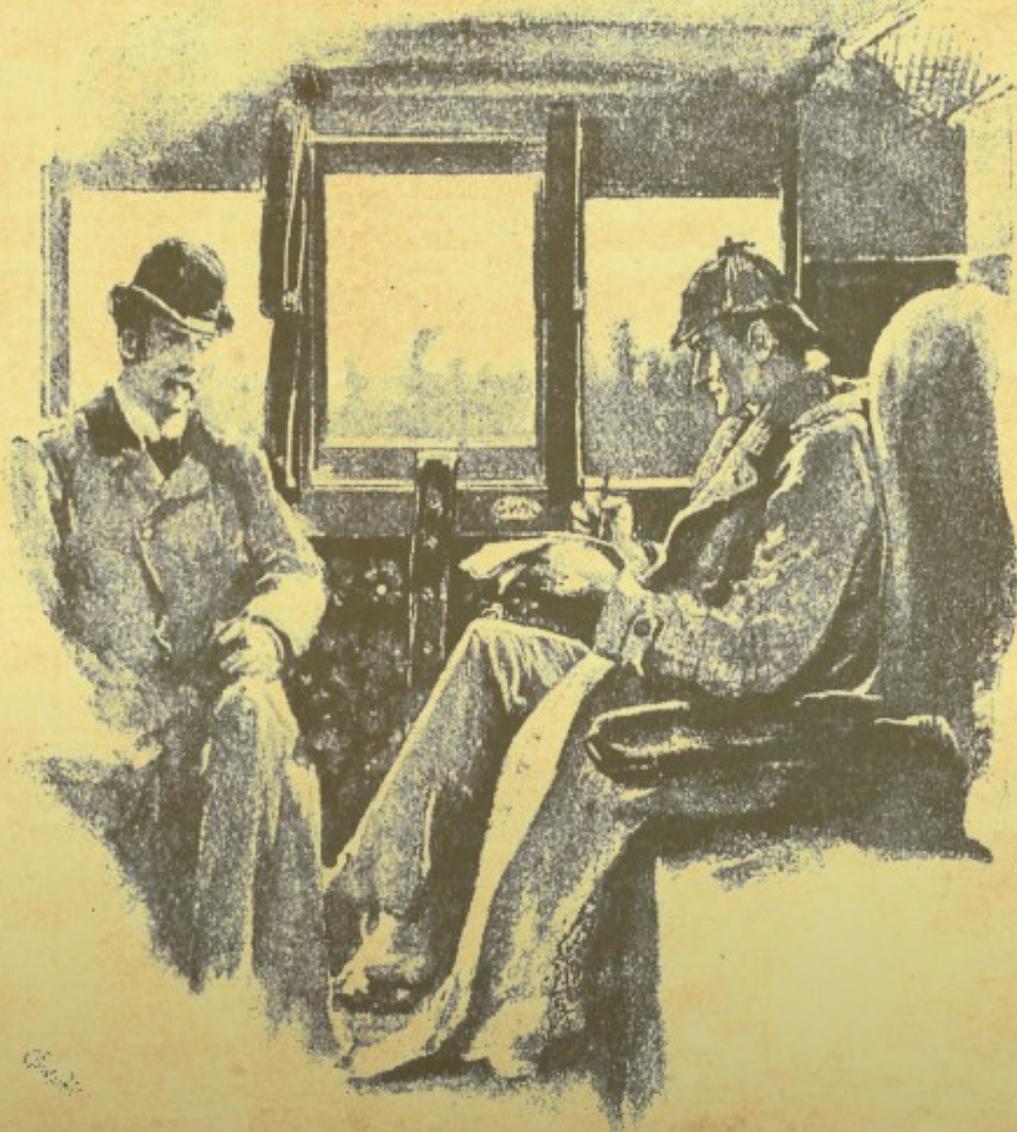


Arthur Conan Doyle  
El misterio del  
valle Boscombe



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL MISTERIO DEL VALLE BOSCOMBE**

**ARTHUR CONAN DOYLE**

**PUBLICADO: 1891  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original en la colección de relatos titulada The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

# EL MISTERIO DEL VALLE BOSCOMBE

Una mañana estábamos sentados en el desayuno, mi mujer y yo, cuando la criada trajo un telegrama. Era de Sherlock Holmes y decía así:

"¿Tiene un par de días libres? Me acaban de llamar del oeste de Inglaterra en relación con la tragedia del valle de Boscombe. Estaré encantado de que venga conmigo. El aire y el paisaje son ideales. Salgo de Paddington a las 11:15".

"¿Qué dices, cariño?" dijo mi esposa, mirándome. "¿Vas a ir?"

"Realmente no sé qué decir. Tengo una agenda bastante larga en este momento".

"Oh, Anstruther haría el trabajo por ti. Últimamente estás un poco pálido. Creo que el cambio te vendría bien, y tú siempre estás tan interesado en los casos del señor Sherlock Holmes".

"Sería un desagradecido si no lo estuviera, viendo lo que he ganado con uno de ellos", contesté. "Pero si voy a ir, debo hacer las maletas de inmediato, pues sólo tengo media hora".

Mi experiencia en la vida de los campamentos de Afganistán había tenido al menos el efecto de convertirme en un viajero rápido y preparado. Mis necesidades eran pocas y sencillas, de modo que en menos del tiempo indicado estaba en un taxi con mi maleta, partiendo hacia la estación de Paddington. Sherlock Holmes se paseaba por el andén, con su alta y enjuta figura, aún más enjuta y alta por su larga capa de viaje gris y su gorra de tela ajustada.

"Es muy bueno que haya venido, Watson -dijo-. "Es una diferencia considerable para mí tener a alguien conmigo en quien pueda confiar plenamente. La ayuda local siempre es inútil o parcial. Si se queda con los dos asientos de las esquinas, compraré los billetes".

Teníamos el vagón para nosotros solos, salvo por una inmensa cantidad de papeles que Holmes había traído consigo. Entre ellos rebuscó y leyó, con intervalos para tomar notas y meditar, hasta que pasamos por Reading. Entonces, de repente, los hizo todos en una gigantesca bola y los arrojó a la estantería.

"¿Has oído algo del caso?", preguntó.

"Ni una palabra. No he visto un periódico desde hace varios días".

"La prensa londinense no ha dado muchas noticias. Acabo de revisar todos los periódicos recientes para conocer los detalles. Parece, por lo que deduzco, que se trata de uno de esos casos sencillos que son tan extremadamente difíciles."

"Eso suena un poco paradójico".

"Pero es profundamente cierto. La singularidad es casi siempre una pista. Cuanto más rasgos y lugares comunes tiene un crimen, más difícil es descubrirlo. En este caso, sin embargo, han establecido un caso muy grave contra el hijo del hombre asesinado."

"¿Es un asesinato, entonces?"

"Bueno, se conjetura que lo es. No daré nada por sentado hasta que tenga la oportunidad de investigarlo personalmente. Le explicaré el estado de las cosas, hasta donde he podido entenderlo, en muy pocas palabras.

"Boscombe Valley es un distrito rural no muy lejos de Ross, en Herefordshire. El mayor propietario de tierras en esa parte es un señor John Turner, que hizo su dinero en Australia y regresó hace algunos años al viejo país. Una de las fincas que poseía, la de Hatherley, fue arrendada al señor Charles McCarthy, también ex australiano. Los hombres se habían conocido en las colonias, por lo que no era extraño que cuando vinieran a establecerse lo hicieran lo más cerca posible el uno del otro. Al parecer, Turner era el hombre más rico, por lo que McCarthy se convirtió en su inquilino, aunque, al parecer, seguían en perfecta igualdad de condiciones, ya que estaban jun-

tos con frecuencia. McCarthy tenía un hijo, un muchacho de dieciocho años, y Turner tenía una única hija de la misma edad, pero ninguno de los dos tenía esposas vivas. Parece que evitaban la sociedad de las familias inglesas vecinas y llevaban una vida retirada, aunque los dos McCarthy eran aficionados al deporte y se les veía con frecuencia en las carreras del barrio. McCarthy tenía dos sirvientes, un hombre y una chica. Turner tenía una vivienda considerable, como mínimo media docena. Esto es todo lo que he podido reunir sobre las familias. Ahora los hechos.

"El 3 de junio, es decir, el lunes pasado, McCarthy salió de su casa en Hatherley a eso de las tres de la tarde y bajó hasta el estanque de Boscombe, que es un pequeño lago formado por la extensión del arroyo que baja por el valle de Boscombe. Había salido por la mañana con su criado de Ross, y le había dicho que debía darse prisa, pues tenía una cita importante a las tres. De esa cita nunca volvió con vida.

"Desde la granja Hatherley hasta el estanque de Boscombe hay un cuarto de milla, y dos personas lo vieron al pasar por este terreno. Una era una anciana, cuyo nombre no se menciona, y la otra era William Crowder, un guardabosques al servicio del Sr. Turner. Ambos testigos declaran que el Sr. McCarthy caminaba solo. El guardabosques añade que a los pocos minutos de ver pasar al Sr. McCarthy había visto a su hijo, el Sr. James McCarthy, ir en la misma dirección con una pistola bajo el brazo. En su opinión, el padre estaba a la vista en ese momento y el hijo le seguía. No pensó más en el asunto hasta que se enteró por la noche de la tragedia que había ocurrido.

"Los dos McCarthys fueron vistos después del momento en que William Crowder, el guardabosques, los perdió de vista. El estanque de Boscombe está densamente arbolado, con sólo una franja de hierba y juncos alrededor de la orilla. Una niña de catorce años, Patience Moran, hija del guardián de la finca del valle de Boscombe, estaba en uno de los bosques recogiendo flores. Afirma que, mientras estaba allí, vio, en el límite del bosque y cerca del lago, al Sr. McCarthy y a su hijo, y que parecían tener una violenta pelea. Oyó que el Sr. McCarthy, el mayor, se dirigía a su hijo con palabras muy fuertes y vio que éste levantaba la mano como si fuera a golpear a su padre. Estaba tan asustada por su violencia que salió corriendo y le dijo a su madre al llegar a casa que había dejado a los dos McCarthy discutiendo cerca de los estanques de Boscombe, y que temía que fueran a pelearse. Apenas había dicho esas palabras cuando el joven Sr. McCarthy llegó corriendo

a la cabaña para decir que había encontrado a su padre muerto en el bosque y para pedir la ayuda del guardián de la cabaña. Estaba muy alterado, sin su pistola ni su sombrero, y se observó que su mano y su manga derecha estaban manchadas de sangre fresca. Al seguirle, encontraron el cadáver extendido sobre la hierba junto al estanque. La cabeza había sido golpeada con algún arma pesada y contundente. Las heridas eran tales que bien podrían haber sido infligidas por la culata de la pistola de su hijo, que se encontró tirada en la hierba a pocos pasos del cuerpo. En estas circunstancias, el joven fue arrestado inmediatamente y, tras el veredicto de "asesinato intencional" emitido en la investigación del martes, fue llevado el miércoles ante los magistrados de Ross, que han remitido el caso a la próxima audiencia. Estos son los principales hechos del caso tal y como se presentaron ante el juez de instrucción y el tribunal de policía".

"Difícilmente podría imaginar un caso más condenatorio", comenté. "Si alguna vez las pruebas circunstanciales apuntan a un criminal, lo hacen aquí".

"Las pruebas circunstanciales son algo muy complicado", respondió Holmes pensativo. "Puede parecer que apuntan directamente a una cosa, pero si cambias un poco tu propio punto de vista, puedes encontrar que apuntan de manera igualmente implacable a algo completamente diferente. Hay que confesar, sin embargo, que el caso parece muy grave contra el joven, y es muy posible que sea realmente el culpable. Sin embargo, hay varias personas en la vecindad, y entre ellas la señorita Turner, la hija del terrateniente vecino, que creen en su inocencia, y que han contratado a Lestrade, a quien recordarán en relación con el Estudio en Escarlata, para que resuelva el caso en su interés. Lestrade, bastante desconcertado, me ha remitido el caso, y de ahí que dos caballeros de mediana edad estén volando hacia el oeste a ochenta kilómetros por hora en lugar de digerir tranquilamente sus desayunos en casa."

"Me temo", dije yo, "que los hechos son tan evidentes que encontrarán poco crédito en este caso".

"No hay nada más engañoso que un hecho obvio", respondió, riendo. "Además, es posible que demos con otros hechos obvios que no hayan sido en absoluto obvios para el señor Lestrade. Me conoce usted demasiado bien para pensar que estoy presumiendo cuando digo que confirmaré o destruiré

su teoría por medios que él es totalmente incapaz de emplear, o incluso de comprender. Por poner el primer ejemplo, veo claramente que en su dormitorio la ventana está a la derecha, y sin embargo me pregunto si el señor Lestrade se habría dado cuenta de algo tan evidente como eso".

"¿Cómo diablos...?"

"Mi querido amigo, te conozco bien. Conozco la pulcritud militar que te caracteriza. Te afeitas todas las mañanas, y en esta época te afeitas a la luz del sol; pero como tu afeitado es cada vez menos completo a medida que nos alejamos del lado izquierdo, hasta que se vuelve positivamente desaliñado al llegar al ángulo de la mandíbula, es sin duda muy claro que ese lado está menos iluminado que el otro. No podría imaginar a un hombre de sus hábitos mirándose a sí mismo bajo una luz igual y estando satisfecho con tal resultado. Sólo cito esto como un ejemplo trivial de observación e inferencia. Ahí está mi especialidad, y es posible que pueda servir de algo en la investigación que tenemos ante nosotros. Hay uno o dos puntos menores que salieron a relucir en la investigación, y que vale la pena considerar."

"¿Cuáles son?"

"Parece que su arresto no tuvo lugar de inmediato, sino después del regreso a la granja Hatherley. Cuando el inspector de la policía le informó de que estaba preso, comentó que no le sorprendía oírlo, y que no era más que su merecido. Esta observación suya tuvo el efecto natural de eliminar cualquier rastro de duda que pudiera haber quedado en la mente del jurado de instrucción."

"Fue una confesión", jaculé.

"No, porque fue seguida de una protesta de inocencia".

"Viniendo a la cabeza de una serie de acontecimientos tan condenatorios, fue al menos un comentario de lo más sospechoso".

"Por el contrario", dijo Holmes, "es la fisura más brillante que actualmente puedo ver en las nubes. Por muy inocente que fuera, no podía ser tan imbécil como para no ver que las circunstancias eran muy negras en su contra. Si hubiera parecido sorprendido por su propia detención, o hubiera fingido indignación por ella, lo habría considerado muy sospechoso, porque esa sorpresa o ese enfado no serían naturales dadas las circunstancias, y sin embargo podrían parecer la mejor política para un hombre conspirador. Su

franca aceptación de la situación lo señala como un hombre inocente, o bien como un hombre de considerable autocontrol y firmeza. En cuanto a su comentario sobre sus merecimientos, tampoco era antinatural si se tiene en cuenta que estaba junto al cadáver de su padre, y que no hay duda de que ese mismo día había olvidado tanto su deber de hijo como para discutir con él, e incluso, según la niña cuyo testimonio es tan importante, para levantar la mano como si fuera a golpearle. El autorreproche y la arrepentimiento que se muestran en su comentario me parecen los signos de una mente sana más que de una mente culpable".

Sacudí la cabeza. "Muchos hombres han sido ahorcados con pruebas mucho más ligeras", comenté.

"Así es. Y muchos hombres han sido ahorcados injustamente".

"¿Cuál es la versión del joven sobre el asunto?"

"Me temo que no es muy alentador para sus defensores, aunque hay uno o dos puntos en él que son sugerentes. Lo encontrará aquí, y puede leerlo usted mismo".

Sacó de su fajo un ejemplar del periódico local de Herefordshire y, tras bajar la hoja, señaló el párrafo en el que el desafortunado joven había dado su propia declaración de lo ocurrido. Me acomodé en un rincón del vagón y lo leí con mucha atención. Decía lo siguiente:

*"El señor James McCarthy, único hijo del fallecido, fue llamado entonces y declaró lo siguiente: "Había estado fuera de casa durante tres días en Bristol, y acababa de regresar en la mañana del pasado lunes, día 3. Mi padre estaba ausente de la casa en el momento de mi llegada, y la criada me informó de que había ido a Ross con John Cobb, el mozo de cuadra. Poco después de mi regreso oí las ruedas de su carro en el patio y, al asomarme a la ventana, lo vi salir y caminar rápidamente fuera del patio, aunque no supe en qué dirección iba. Entonces cogí mi pistola y salí a pasear en dirección al estanque de Boscombe, con la intención de visitar la madriguera de conejos que hay al otro lado. En mi camino vi a William Crowder, el guardabosques, como había declarado en su declaración; pero se equivocó al pensar que yo seguía a mi padre. No tenía ni idea de que estuviera delante de mí. Cuando estaba a unos cien metros del estanque, oí un grito de "¡Cooee!", que era una señal habitual entre mi padre y yo. Entonces me*

*apresuré a avanzar y lo encontré de pie junto al estanque. Pareció sorprenderse mucho al verme y me preguntó con bastante brusquedad qué estaba haciendo allí. Se entabló una conversación que llevó a palabras altisonantes y casi a golpes, pues mi padre era un hombre de temperamento muy violento. Viendo que su pasión se volvía ingobernable, le dejé y volví hacia la granja de Hatherley. Sin embargo, no había avanzado más de 150 metros, cuando oí un horrible grito detrás de mí, que me hizo volver corriendo. Encontré a mi padre agonizando en el suelo, con la cabeza terriblemente herida. Dejé caer mi arma y lo sostuve en mis brazos, pero falleció casi instantáneamente. Me arrodillé junto a él durante algunos minutos, y luego me dirigí a la posada del señor Turner, cuya casa era la más cercana, para pedir ayuda. No vi a nadie cerca de mi padre cuando regresé, y no tengo idea de cómo llegó a sus heridas. No era un hombre popular, ya que era un poco frío y de carácter reservado, pero, por lo que sé, no tenía enemigos activos. No sé nada más del asunto.*

El juez de instrucción: ¿Su padre le hizo alguna declaración antes de morir?

Testigo: Murmuró algunas palabras, pero sólo pude captar alguna alusión a una rata.

El juez de instrucción: ¿Qué entendió usted por eso?

Testigo: No me transmitió ningún significado. Pensé que estaba delirando.

El juez de instrucción: ¿Cuál fue el motivo por el que usted y su padre tuvieron esta última discusión?

Testigo: Preferiría no responder.

El juez de instrucción: Me temo que debo insistir.

Testigo: Es realmente imposible para mí decirle. Puedo asegurarle que no tiene nada que ver con la triste tragedia que siguió.

El juez de instrucción: Eso lo debe decidir el tribunal. No hace falta que le diga que su negativa a responder perjudicará considerablemente su caso en cualquier procedimiento futuro que pueda surgir.

Testigo: Aún así debo negarme.

El juez de instrucción: ¿Entiendo que el grito de 'Cooee' era una señal común entre usted y su padre?

Testigo: Lo era.

El juez de instrucción: ¿Cómo fue, entonces, que lo pronunció antes de verle a usted, y antes incluso de saber que había regresado de Bristol?

Testigo (con considerable confusión): No lo sé.

Un miembro del jurado: ¿No vio nada que despertara sus sospechas cuando regresó al oír el grito y encontró a su padre herido de muerte?

Testigo: Nada en concreto.

El juez de instrucción: ¿Qué quiere decir?

Testigo: Estaba tan perturbado y excitado mientras corría hacia el exterior, que no podía pensar en nada más que en mi padre. Sin embargo, tengo la vaga impresión de que mientras corría hacia adelante algo yacía en el suelo a mi izquierda. Me pareció que era algo de color gris, una especie de abrigo, o una tela escocesa tal vez. Cuando me levanté de mi padre, miré a mi alrededor para encontrarlo, pero ya no estaba.

'¿Quieres decir que desapareció antes de que fueras a pedir ayuda?'

'Sí, ya no estaba'

'¿No puedes decir qué era?'

'No, tenía la sensación de que había algo allí.'

'¿A qué distancia del cuerpo?'

'Una docena de metros más o menos.'

'¿Y a qué distancia del borde del bosque?'

'Más o menos lo mismo.'

'Entonces, si fue retirado fue mientras usted estaba a menos de una docena de metros de él'.

'Sí, pero de espaldas a él'.

Con esto concluyó el interrogatorio del testigo".

"Veo", dije mientras echaba un vistazo a la columna, "que el juez de instrucción, en sus observaciones finales, fue bastante severo con el joven McCarthy. Llama la atención, y con razón, sobre la discrepancia acerca de que su padre le hizo señas antes de verlo, también sobre su negativa a dar detalles de la conversación con su padre, y su singular relato de las últimas palabras de su padre. Todo ello, como él mismo señala, está muy en contra del hijo".

Holmes se rió suavemente para sí mismo y se estiró en el asiento acolchado. "Tanto usted como el juez de instrucción se han esforzado mucho - dijo- en señalar los puntos más sólidos en contra del joven. ¿No ve que le atribuyen por igual mucha y poca imaginación? Muy poca, si no pudo inventar un motivo de disputa que le diera la simpatía del jurado; demasiada, si sacó de su propia conciencia interior algo tan exagerado como una referencia moribunda a una rata, y el incidente del paño que se desvanece. No, señor, abordaré este caso desde el punto de vista de que lo que dice este joven es cierto, y veremos a dónde nos lleva esa hipótesis. Y ahora aquí está mi libro de Petrarca de bolsillo, y no diré ni una palabra más de este caso hasta que estemos en la escena de la acción. Almorzamos en Swindon, y veo que estaremos allí en veinte minutos".

Eran casi las cuatro cuando por fin, después de atravesar el hermoso valle de Stroud y el ancho y brillante Severn, nos encontramos en la pequeña y bonita ciudad de Ross. Un hombre delgado y con aspecto de hurón, furtivo y astuto, nos esperaba en el andén. A pesar del guardapolvo marrón claro y las polainas de cuero que llevaba en deferencia a su entorno rústico, no me resultó difícil reconocer a Lestrade, de Scotland Yard. Con él nos dirigimos al Hereford Arms, donde ya nos habían reservado una habitación.

"He pedido un carruaje", dijo Lestrade mientras nos sentábamos a tomar una taza de té. "Sabía de su carácter enérgico y que no estaría contento hasta que no hubiera estado en la escena del crimen".

"Fue muy amable y elogioso por su parte", respondió Holmes. "Es totalmente una cuestión de presión atmosférica".

Lestrade pareció sorprendido. "No lo entiendo del todo", dijo.

"¿Qué tal está el vaso? Veintinueve, por lo que veo. No hay viento ni una nube en el cielo. Tengo aquí una caja de cigarrillos que hay que fumar, y el

sofá es muy superior a la habitual abominación de los hoteles de campo. No creo que sea probable que utilice el carruaje esta noche".

Lestrade rió con indulgencia. "Sin duda, ya ha sacado usted sus conclusiones de los periódicos", dijo. "El caso es tan claro como una pica, y cuanto más se profundiza en él, más claro resulta. Sin embargo, no se puede rechazar a una dama, y además muy decidida. Ella ha oído hablar de usted y quiere saber su opinión, aunque le he dicho repetidamente que no hay nada que usted pueda hacer que yo no haya hecho ya. Bendita sea, aquí está su carruaje en la puerta".

Apenas había hablado cuando entró corriendo en la habitación una de las jóvenes más encantadoras que he visto en mi vida. Sus ojos violetas brillaban, sus labios se entreabrieron, un rubor rosado en sus mejillas, todo pensamiento de su natural discreción se perdió en su abrumadora excitación y preocupación.

"¡Oh, señor Sherlock Holmes!", gritó, mirando de uno a otro de nosotros, y finalmente, con la rápida intuición de una mujer, se fijó en mi compañero, "Me alegro mucho de que haya venido. He venido hasta aquí para decírtelo. Sé que James no lo hizo. Lo sé, y quiero que empieces tu trabajo sabiéndolo también. Nunca te permitas dudar sobre ese punto. Nos conocemos desde que éramos niños, y conozco sus defectos como nadie; pero tiene un corazón demasiado tierno para herir a una mosca. Tal acusación es absurda para cualquiera que lo conozca realmente".

"Espero que podamos exculparlo, señorita Turner", dijo Sherlock Holmes. "Puede confiar en que haré todo lo que pueda".

"Pero usted ha leído las pruebas. ¿Ha llegado a alguna conclusión? ¿No ve alguna laguna, algún defecto? ¿No cree usted que es inocente?"

"Creo que es muy probable".

"¡Ya está!", gritó ella, echando la cabeza hacia atrás y mirando desafiantemente a Lestrade. "¡Oye! Me da esperanzas".

Lestrade se encogió de hombros. "Me temo que mi colega se ha apresurado a sacar sus conclusiones", dijo.

"Pero tiene razón. Sé que tiene razón. James nunca lo hizo. Y en cuanto a la disputa con su padre, estoy seguro de que la razón por la que no quiso ha-

blar de ello al juez de instrucción fue porque yo estaba implicado en ella."

"¿En qué sentido?", preguntó Holmes.

"No es momento de ocultar nada. James y su padre tuvieron muchos desacuerdos sobre mí. El señor McCarthy estaba muy ansioso por que hubiera un matrimonio entre nosotros. James y yo siempre nos hemos querido como hermano y hermana; pero, por supuesto, él es joven y ha visto muy poco de la vida todavía, y... bueno, naturalmente no deseaba hacer algo así todavía. Así que hubo peleas, y ésta, estoy seguro, fue una de ellas".

"¿Y su padre?", preguntó Holmes. "¿Estaba a favor de esa unión?"

"No, también era reacio a ella. Sólo el señor McCarthy estaba a favor". Un rápido rubor recorrió su joven y fresco rostro cuando Holmes le lanzó una de sus agudas e inquisitivas miradas.

"Gracias por esta información", dijo él. "¿Puedo ver a su padre si voy mañana?"

"Me temo que el médico no lo permitirá".

"¿El médico?"

"Sí, ¿no te has enterado? El pobre padre nunca ha estado fuerte desde hace años, pero esto le ha destrozado por completo. Se ha metido en la cama, y el doctor Willows dice que está hecho polvo y que su sistema nervioso está destrozado. El Sr. McCarthy era el único hombre vivo que había conocido a papá en los viejos tiempos en Victoria".

"¡Ja! ¡En Victoria! Eso es importante".

"Sí, en las minas".

"Exactamente; en las minas de oro, donde, según tengo entendido, el Sr. Turner hizo su dinero".

"Sí, ciertamente".

"Gracias, Srta. Turner. Ha sido usted de gran ayuda para mí".

"Me dirá si tiene alguna noticia mañana. Sin duda irá a la prisión a ver a James. Oh, si lo hace, Sr. Holmes, dígame que sé que es inocente".

"Lo haré, Srta. Turner".

"Debo ir a casa ahora, porque papá está muy enfermo, y me echa de menos si le dejo. Adiós, y que Dios te ayude en tu empresa". Salió de la habitación tan impulsivamente como había entrado, y oímos las ruedas de su carruaje traquetear calle abajo.

"Me avergüenzo de usted, Holmes", dijo Lestrade con dignidad tras unos minutos de silencio. "¿Por qué ha de despertar esperanzas que está destinado a defraudar? No soy demasiado tierno de corazón, pero lo considero cruel".

"Creo que veo la manera de exculpar a James McCarthy", dijo Holmes. "¿Tiene usted una orden para verle en la cárcel?"

"Sí, pero sólo para usted y para mí".

"Entonces reconsideraré mi decisión de salir. ¿Tenemos aún tiempo para tomar un tren a Hereford y verlo esta noche?"

"De sobra".

"Entonces hagámoslo. Watson, me temo que te parecerá muy lento, pero sólo estaré fuera un par de horas".

Bajé con ellos a la estación, y luego deambulé por las calles de la pequeña ciudad, regresando finalmente al hotel, donde me tumbé en el sofá y traté de interesarme por una novela de lomo amarillo. Sin embargo, la insignificante trama de la historia era tan escasa en comparación con el profundo misterio por el que andábamos a tientas, y mi atención se desviaba tan continuamente de la acción a los hechos, que al final la arrojé al otro lado de la habitación y me entregué por completo a la consideración de los acontecimientos del día. Suponiendo que la historia de este infeliz joven fuera absolutamente cierta, ¿qué cosa infernal, qué calamidad absolutamente imprevista y extraordinaria pudo haber ocurrido entre el momento en que se separó de su padre y el momento en que, arrastrado por sus gritos, se precipitó en el claro? Era algo terrible y mortal. ¿Qué podría ser? ¿No podría la naturaleza de las heridas revelar algo a mis instintos médicos? Llamé al timbre y pedí el periódico semanal del condado, que contenía un relato literal de la investigación. En la declaración del cirujano se decía que el tercio posterior del hueso parietal izquierdo y la mitad izquierda del hueso occipital habían sido destrozados por un fuerte golpe con un arma contundente. Marqué el lugar en mi propia cabeza. Estaba claro que el golpe había sido asestado por

detrás. Eso favorecía en cierta medida al acusado, ya que cuando se le vio discutir estaba cara a cara con su padre. Sin embargo, no sirvió de mucho, ya que el hombre mayor podría haber dado la espalda antes de que cayera el golpe. Aun así, valdría la pena llamar la atención de Holmes al respecto. Luego estaba la peculiar referencia moribunda a una rata. ¿Qué podía significar eso? No podía ser un delirio. Un hombre que muere de un golpe repentino no suele delirar. No, era más probable que fuera un intento de explicar cómo encontró su destino. ¿Pero qué podría indicar? Me devané los sesos para encontrar alguna explicación posible. Y entonces el incidente de la tela gris vista por el joven McCarthy. Si eso era cierto, el asesino debió de dejar caer alguna parte de su vestido, presumiblemente su abrigo, en su huida, y debió de tener la osadía de volver y llevárselo en el momento en que el hijo estaba arrodillado de espaldas a menos de una docena de pasos. ¡Qué tejido de misterios e improbabilidades era todo el asunto! No me extrañaba la opinión de Lestrade y, sin embargo, tenía tanta fe en la perspicacia de Sherlock Holmes que no podía perder la esperanza mientras cada hecho nuevo pareciera reforzar su convicción de la inocencia del joven McCarthy.

Ya era tarde cuando Sherlock Holmes regresó. Volvió solo, ya que Lestrade se alojaba en el pueblo.

"El cristal todavía se encuentra muy alto", comentó mientras se sentaba. "Es importante que no llueva antes de que podamos recorrer el terreno. Por otra parte, un hombre debe estar en su mejor momento y con más ganas para un trabajo tan bonito como ése, y no quería hacerlo cuando estuviera mareado por un largo viaje. He visto al joven McCarthy".

"¿Y qué ha aprendido de él?"

"Nada.

"¿No pudo arrojar ninguna luz?"

"Ninguna en absoluto. Me inclinaba a pensar que sabía quién lo había hecho y lo estaba investigando, pero ahora estoy convencido de que está tan desconcertado como todos los demás. No es un joven muy inteligente, aunque de aspecto agradable y, creo, sano de corazón".

"No puedo admirar su gusto", comenté, "si es un cierto el hecho que era reacio a un matrimonio con una joven tan encantadora como esta señorita Turner".

"Ah, de ahí se desprende una historia bastante dolorosa. Este hombre está loco, locamente, enamorado de ella, pero hace unos dos años, cuando era sólo un muchacho, y antes de conocerla realmente, pues ella había estado cinco años en un internado, ¿qué hace el idiota sino caer en las garras de una camarera de Bristol y casarse con ella en un registro civil? Nadie sabe una palabra del asunto, pero puede imaginarse lo enloquecedor que debe ser para él ser reprendido por no hacer lo que daría sus propios ojos por hacer, pero que sabe que es absolutamente imposible. Fue un puro frenesí de este tipo lo que le hizo levantar las manos cuando su padre, en su última entrevista, le incitó a proponerle matrimonio a la señorita Turner. Por otra parte, no tenía medios para mantenerse, y su padre, que era a todas luces un hombre muy duro, lo habría echado por tierra de haber sabido la verdad. Había pasado los últimos tres días en Bristol con su esposa, la camarera, y su padre no sabía dónde estaba. Fíjese en este punto. Es importante. Sin embargo, del mal ha salido algo bueno, pues la camarera, al enterarse por los periódicos de que está en graves problemas y que es probable que lo cuelguen, se ha deshecho de él por completo y le ha escrito para decirle que ya tiene un marido en el astillero de las Bermudas, de modo que realmente no hay ningún vínculo entre ellos. Creo que esa noticia ha consolado al joven McCarthy por todo lo que ha sufrido".

"Pero si es inocente, ¿quién lo ha hecho?"

"¡Ah! ¿Quién? Quisiera llamar su atención muy particularmente sobre dos puntos. Uno es que el hombre asesinado tenía una cita con alguien en el estanque, y que ese alguien no podía ser su hijo, porque su hijo estaba fuera, y no sabía cuándo iba a volver. La segunda es que se oyó al hombre asesinado gritar "¡Cooee!" antes de saber que su hijo había regresado. Esos son los puntos cruciales de los que depende el caso. Y ahora hablemos de George Meredith, si le parece, y dejaremos todos los asuntos menores para mañana".

No llovió, como había predicho Holmes, y la mañana amaneció brillante y sin nubes. A las nueve, Lestrade nos llamó con el carruaje y partimos hacia la granja de Hatherley y el estanque de Boscombe.

"Esta mañana hay graves noticias", observó Lestrade. "Se dice que el señor Turner, de la mansión, está tan enfermo que su vida se ve amenazada".

"Un hombre mayor, supongo", dijo Holmes.

"Alrededor de sesenta años; pero su constitución ha sido destrozada por su vida en el extranjero, y su salud ha ido decayendo desde hace algún tiempo. Este asunto le ha afectado mucho. Era un viejo amigo de McCarthy y, debo añadir, un gran benefactor para él, pues he sabido que le cedió gratuitamente la granja de Hatherley."

"¡Claro! Eso es interesante", dijo Holmes.

"¡Oh, sí! Le ha ayudado de otras cien maneras. Todo el mundo por aquí habla de su amabilidad con él".

"¡De verdad! ¿No le parece a usted un poco singular que este McCarthy, que parece haber tenido poco en su haber, y haber estado bajo tales obligaciones con Turner, siga hablando de casar a su hijo con la hija de Turner, que es, presumiblemente, la heredera de la finca, y ello de una manera tan segura, como si se tratara simplemente de una propuesta y todo lo demás fuera a suceder? Es aún más extraño, ya que sabemos que el propio Turner era reacio a la idea. La hija nos lo dijo. ¿No deduce usted algo de eso?"

"Hemos llegado a las deducciones e inferencias", dijo Lestrade, guiñándome un ojo. "Ya me resulta bastante difícil abordar los hechos, Holmes, sin salir volando tras las teorías y las fantasías".

"Tienes razón", dijo Holmes con recato; "te resulta muy difícil abordar los hechos".

"De todos modos, he captado un hecho que a usted le parece difícil de abordar", respondió Lestrade con cierta calidez.

"Y es..."

"Que McCarthy padre se encontró con la muerte a manos de McCarthy hijo y que todas las teorías contrarias son mera luz de luna".

"Bueno, la luz de luna es algo más brillante que la niebla", dijo Holmes, riendo. "Pero estoy muy equivocado si esto no es la granja Hatherley a la izquierda".

"Sí, eso es". Era un edificio amplio y de aspecto confortable, de dos plantas, con tejado de pizarra y grandes manchas amarillas de líquenes en las paredes grises. Las persianas cerradas y las chimeneas sin humo, sin embargo, le daban un aspecto afligido, como si el peso de este horror siguiera pesando sobre el edificio. Llamamos a la puerta, y la criada, a petición de Hol-

mes, nos mostró las botas que llevaba su amo en el momento de su muerte, y también un par de las del hijo, aunque no el par que llevaba entonces. Después de haberlas medido con mucho cuidado desde siete u ocho puntos diferentes, Holmes deseó que lo condujeran al patio, desde donde todos seguimos el sinuoso camino que llevaba al estanque de Boscombe.

Sherlock Holmes se transformaba cuando se encontraba con un aroma como éste. Los hombres que sólo habían conocido al tranquilo pensador y lógico de Baker Street no lo habrían reconocido. Su rostro se sonrojó y oscureció. Sus cejas se dibujaron en dos duras líneas negras, mientras que sus ojos brillaban debajo de ellas con un resplandor acerado. Tenía la cara inclinada hacia abajo, los hombros arqueados, los labios comprimidos, y las venas destacaban como cuerdas de látigo en su largo y nervudo cuello. Sus fosas nasales parecían dilatarse con una lujuria puramente animal por la persecución, y su mente estaba tan absolutamente concentrada en el asunto que tenía ante sí que una pregunta o un comentario caían desatendidos en sus oídos o, a lo sumo, sólo provocaban un gruñido rápido e impaciente como respuesta. Rápido y silencioso, se dirigió por el sendero que atravesaba los prados, y así, a través del bosque, hacia el estanque de Boscombe. Era un terreno húmedo y pantanoso, como todo aquel distrito, y había marcas de muchos pies, tanto en el sendero como en la hierba corta que lo delimitaba a ambos lados. A veces Holmes se apresuraba a seguir adelante, a veces se detenía en seco, y una vez dio un pequeño rodeo hacia el prado. Lestrade y yo caminábamos detrás de él, el detective indiferente y despectivo, mientras yo observaba a mi amigo con el interés que se desprende de la convicción de que cada una de sus acciones estaba dirigida a un fin definido.

El estanque de Boscombe, que es una pequeña lámina de agua de unos cincuenta metros de ancho, está situado en el límite entre la granja de Hatherley y el parque privado del acaudalado señor Turner. Por encima de los bosques que la bordean en el lado más lejano podíamos ver los pináculos rojos que sobresalían y que marcaban el lugar donde vivía el rico terrateniente. En el lado de Hatherley del estanque, los bosques eran muy espesos y había un estrecho cordón de hierba anegada de veinte pasos de ancho entre el borde de los árboles y los juncos que bordeaban el lago. Lestrade nos mostró el lugar exacto en el que se había encontrado el cadáver y, en efecto, el suelo estaba tan húmedo que pude ver claramente las huellas que había

dejado la caída del hombre siniestrado. Para Holmes, como pude ver por su rostro ansioso y sus ojos penetrantes, había muchas otras cosas que leer en la hierba pisoteada. Corrió alrededor, como un perro que capta un olor, y luego se volvió hacia mi compañero.

"¿Por qué te metiste en el estanque?", preguntó.

"Busqué con un rastrillo. Pensé que podría haber algún arma u otro rastro. Pero cómo diablos..."

"¡Oh, tut, tut! No tengo tiempo. Ese pie izquierdo suyo con su giro hacia adentro está por todas partes. Un topo podría rastrearlo, y allí desaparece entre los juncos. Oh, qué sencillo habría sido todo si hubiera estado aquí antes de que llegaran como una manada de búfalos y se revolcaran por todo. Aquí es donde vino el grupo con el guardián de la cabaña, y han cubierto todas las huellas a lo largo de dos o tres metros alrededor del cuerpo. Pero aquí hay tres huellas separadas de los mismos pies". Sacó una lente y se acostó sobre su impermeable para tener una mejor visión, hablando todo el tiempo más bien para sí mismo que para nosotros. "Estos son los pies del joven McCarthy. Dos veces caminaba, y una vez corría velozmente, de modo que las suelas están profundamente marcadas y los talones apenas son visibles. Eso confirma su historia. Corrió cuando vio a su padre en el suelo. Entonces, aquí están los pies del padre mientras se pasea arriba y abajo. ¿Qué es esto, entonces? Es la culata del arma cuando el hijo estaba escuchando. ¿Y esto? ¡Ja, ja! ¿Qué tenemos aquí? ¡De puntillas! ¡De puntillas! Y botas cuadradas, bastante inusuales. Vienen, se van, vuelven a venir... por supuesto, eso fue por la capa. ¿De dónde han salido?" Corrió arriba y abajo, a veces perdiéndose, a veces encontrando la pista, hasta que estuvimos bien dentro del límite del bosque y bajo la sombra de una gran haya, el árbol más grande de la vecindad. Holmes trazó su camino hasta el lado más lejano de éste y se tumbó una vez más sobre su cara con un pequeño grito de satisfacción. Permaneció allí un largo rato, revolviendo las hojas y los palos secos, recogiendo lo que me parecía polvo en un sobre y examinando con su lente no sólo el suelo sino incluso la corteza del árbol hasta donde podía llegar. Entre el musgo había una piedra dentada, que también examinó y retuvo cuidadosamente. Luego siguió un camino a través del bosque hasta llegar a la carretera, donde se perdió todo rastro.

"Ha sido un caso de considerable interés", comentó, volviendo a su manera natural. "Me parece que esa casa gris de la derecha debe ser la posada. Creo que entraré y hablaré con Moran, y quizás escriba una pequeña nota. Una vez hecho esto, podemos volver a almorzar. Usted puede ir caminando hasta el taxi, y yo estaré con usted enseguida".

Pasaron unos diez minutos antes de que recuperáramos nuestro taxi y volviéramos a Ross, Holmes todavía llevaba consigo la piedra que había recogido en el bosque.

"Esto puede interesarle, Lestrade", comentó, mostrándola. "El asesinato se cometió con ella".

"No veo ninguna marca".

"No hay ninguna".

"¿Cómo lo sabes, entonces?"

"La hierba crecía debajo de ella. Sólo había estado allí unos días. No había señales de un lugar de donde había sido tomada. Se corresponde con las heridas. No hay señales de ninguna otra arma".

"¿Y el asesino?"

"Es un hombre alto, zurdo, cojea con la pierna derecha, lleva botas de tiro de suela gruesa y una capa gris, fuma puros indios, utiliza un portapuros y lleva una navaja roma en el bolsillo. Hay varios indicios más, pero estos pueden ser suficientes para ayudarnos en nuestra búsqueda."

Lestrade se rió. "Me temo que sigo siendo un escéptico", dijo. "Las teorías están muy bien, pero tenemos que lidiar con un jurado británico de cabeza dura".

"Nous verrons", respondió Holmes con calma. "Usted trabaja con su propio método y yo con el mío. Estaré ocupado esta tarde, y probablemente regresaré a Londres en el tren de la noche".

"¿Y dejar su caso sin terminar?"

"No, terminado".

"¿Pero el misterio?"

"Está resuelto".

"¿Quién era el criminal, entonces?"

"El caballero que describo".

"¿Pero quién es?"

"Seguramente no será difícil averiguarlo. Este no es un barrio tan poblado".

Lestrade se encogió de hombros. "Soy un hombre práctico", dijo, "y realmente no puedo comprometerme a recorrer el país en busca de un caballero zurdo con una pierna de caza. Me convertiría en el hazmerreír de Scotland Yard".

"De acuerdo", dijo Holmes con tranquilidad. "Le he dado la oportunidad. Aquí tiene su alojamiento. Adiós. Le enviaré unas líneas antes de irme".

Tras dejar a Lestrade en sus habitaciones, nos dirigimos a nuestro hotel, donde encontramos el almuerzo sobre la mesa. Holmes estaba callado y sumido en sus pensamientos, con una expresión de dolor en su rostro, como quien se encuentra en una situación desconcertante.

"Mire, Watson -dijo cuando se limpió el mantel-, siéntese en esta silla y deje que le sermonee un poco. No sé muy bien qué hacer y me gustaría recibir su consejo. Enciende un cigarro y déjame exponerlo".

"Le ruego que lo haga".

"Bien, ahora, al considerar este caso hay dos puntos de la narración del joven McCarthy que nos impresionaron a ambos al instante, aunque a mí me impresionaron a su favor y a ti en su contra. Uno fue el hecho de que su padre, según su relato, gritara "¡Cooee!" antes de verlo. La otra fue su singular referencia moribunda a una rata. Murmuró varias palabras, se entiende, pero eso fue todo lo que captó el oído del hijo. Ahora bien, desde este doble punto debe comenzar nuestra investigación, y la iniciaremos suponiendo que lo que dice el muchacho es absolutamente cierto."

"¿Y qué hay de ese '¡Cooee!' entonces?"

"Bueno, evidentemente no podía ir dirigido al hijo. El hijo, por lo que él sabía, estaba en Bristol. Fue mera casualidad que estuviera al alcance del oído. El "¡Cooee!" estaba destinado a atraer la atención de la persona con la que tenía la cita. Pero "Cooee" es un grito claramente australiano, que se

utiliza entre australianos. Hay una fuerte presunción de que la persona con la que McCarthy esperaba encontrarse en el estanque de Boscombe era alguien que había estado en Australia".

"¿Qué hay de la rata, entonces?"

Sherlock Holmes sacó un papel doblado de su bolsillo y lo aplanó sobre la mesa. "Este es un mapa de la Colonia de Victoria", dijo. "Anoche envié un telegrama a Bristol para obtenerlo". Puso la mano sobre parte del mapa. "¿Qué se lee?"

"Arat", leí.

"¿Y ahora?" Levantó la mano.

"Ballarat".

"Exactamente". Esa fue la palabra que pronunció el hombre, y de la que su hijo sólo captó las dos últimas sílabas. Intentaba pronunciar el nombre de su asesino. Fulano de tal, de Ballarat".

"¡Es maravilloso!" exclamé.

"Es evidente. Y ahora, como ve, había reducido el campo considerablemente. La posesión de una prenda gris era un tercer punto que, concediendo que la declaración del hijo fuera correcta, era una certeza. Hemos salido ahora de la mera vaguedad a la concepción definitiva de un australiano de Ballarat con una capa gris."

"Ciertamente."

"Y uno que estaba en su casa en el distrito, ya que al estanque sólo se puede llegar por la granja o por la finca, donde los extraños difícilmente podrían deambular".

"Así es."

"Entonces viene nuestra expedición de hoy. Examinando el terreno obtuve los insignificantes detalles que le di a ese imbécil de Lestrade, en cuanto a la personalidad del criminal."

"¿Pero cómo los obtuvo?"

"Usted conoce mi método. Se basa en la observación de nimiedades".

"Su estatura sé que se puede juzgar a grandes rasgos por la longitud de su zancada. Sus botas, también, se pueden saber por sus huellas".

"Sí, eran unas botas peculiares".

"¿Pero su cojera?"

"La impresión de su pie derecho era siempre menos clara que la del izquierdo. Ponía menos peso en él. ¿Por qué? Porque cojeaba, era cojo".

"Pero su zurdera".

"Usted mismo se sorprendió por la naturaleza de la lesión tal y como la registró el cirujano en la investigación. El golpe fue dado inmediatamente por detrás, y sin embargo fue en el lado izquierdo. Ahora, ¿cómo puede ser eso a menos que haya sido por un hombre zurdo? Había estado detrás de ese árbol durante la entrevista entre el padre y el hijo. Incluso había fumado allí. Encontré la ceniza de un puro, que mi especial conocimiento de las cenizas de tabaco me permite afirmar que es un puro indio. Como usted sabe, he dedicado cierta atención a esto, y he escrito una pequeña monografía sobre las cenizas de 140 variedades diferentes de tabaco de pipa, puro y cigarrillo. Tras encontrar la ceniza, miré a mi alrededor y descubrí el tocón entre el musgo donde lo había arrojado. Era un puro indio, de los que se enrollan en Rotterdam".

"¿Y el portapuros?"

"Pude ver que el extremo no había estado en su boca. Por lo tanto, utilizó un portapuros. La punta había sido cortada, no mordida, pero el corte no era limpio, por lo que deduje que se trataba de un cortaplumas romano."

"Holmes -dije-, ha tendido usted una red alrededor de este hombre de la que no puede escapar, y ha salvado una vida humana inocente tan verdaderamente como si hubiera cortado la cuerda que lo ahorcaba. Veo la dirección a la que apunta todo esto. El culpable es..."

"Señor John Turner", gritó el camarero del hotel, abriendo la puerta de nuestro salón y haciendo pasar a un visitante.

El hombre que entró era una figura extraña e impresionante. Su paso lento y renqueante y sus hombros inclinados daban la apariencia de decrepitud, y sin embargo sus rasgos duros, de líneas profundas y escarpadas, y sus enormes extremidades mostraban que poseía una fuerza inusual de cuerpo y

de carácter. Su barba enmarañada, su pelo canoso y sus sobresalientes cejas caídas se combinaban para dar un aire de dignidad y poder a su apariencia, pero su rostro era de un blanco ceniciento, mientras que sus labios y las comisuras de sus fosas nasales estaban teñidos de un tono azul. A primera vista, me pareció claro que padecía una enfermedad mortal y crónica.

"Siéntese en el sofá -dijo Holmes con suavidad-. "¿Tenías mi nota?"

"Sí, la trajo el portero. Dijo que deseaba verme aquí para evitar el escándalo".

"Siéntese en el sofá -dijo Holmes con suavidad-. "¿Tenías mi nota?"

"Sí, la trajo el portero. Dijo que deseaba verme aquí para evitar el escándalo".

"Pensé que la gente hablaría si iba al Salón".

"¿Y por qué querías verme?" Miró a mi compañero con desesperación en sus ojos cansados, como si su pregunta ya estuviera contestada.

"Sí", dijo Holmes, respondiendo a la mirada más que a las palabras. "Así es. Lo sé todo sobre McCarthy".

El anciano hundió la cara entre las manos. "¡Dios me ayude!", gritó. "Pero no habría dejado que el joven sufriera ningún daño. Le doy mi palabra de que habría hablado si fuera contra él en el juicio".

"Me alegra oírle decir eso", dijo Holmes con gravedad.

"Habría hablado ahora si no fuera por mi querida niña. Se le rompería el corazón... se le romperá el corazón cuando se entere de que me han arrestado".

"Puede que no se llegue a eso", dijo Holmes.

"¿Qué?"

"No soy un agente oficial. Tengo entendido que fue su hija quien requirió mi presencia aquí, y estoy actuando en su interés. Sin embargo, el joven McCarthy debe ser liberado".

"Soy un hombre moribundo", dijo el viejo Turner. "He tenido diabetes durante años. Mi médico dice que es una incógnita si viviré un mes. Sin embargo, prefiero morir bajo mi propio techo que en una cárcel".

Holmes se levantó y se sentó a la mesa con la pluma en la mano y un fajo de papeles ante él. "Díganos la verdad", dijo. "Yo anotaré los hechos. Usted lo firmará y Watson podrá ser testigo. Así podré presentar su confesión en el último momento para salvar al joven McCarthy. Le prometo que no la utilizaré a menos que sea absolutamente necesario".

"Está bien", dijo el anciano; "es una cuestión de si viviré hasta el juicio, así que me importa poco, pero me gustaría evitarle a Alice la sacudida. Y ahora le aclararé el asunto; ha estado mucho tiempo en la actuación, pero no me llevará mucho tiempo contarle.

"Usted no conocía a este hombre fallecido, McCarthy. Era un diablo encarnado. Eso te lo digo yo. Que Dios te mantenga alejado de las garras de un hombre como él. Su garra ha estado sobre mí estos veinte años, y ha arruinado mi vida. Te diré primero cómo llegué a estar en su poder.

"Fue a principios de los años 60 en las excavaciones. Yo era entonces un tipo joven, de sangre caliente y temerario, dispuesto a hacer cualquier cosa; me junté con malos compañeros, me aficioné a la bebida, no tuve suerte con mi demanda, me dediqué al monte y, en una palabra, me convertí en lo que aquí llamarían un salteador de caminos. Éramos seis, y llevábamos una vida salvaje y libre, asaltando una estación de vez en cuando, o parando los carros en el camino a las excavaciones. Black Jack de Ballarat era mi nombre, y nuestro grupo aún se recuerda en la colonia como la Pandilla de Ballarat.

"Un día, un convoy de oro bajó de Ballarat a Melbourne, y lo acechamos y atacamos. Había seis soldados y seis de nosotros, así que fue un asunto reñido, pero vaciamos cuatro de sus monturas a la primera andanada. Sin embargo, tres de nuestros muchachos murieron antes de que consiguiéramos el botín. Puse mi pistola en la cabeza del conductor de la carreta, que era este mismo hombre, McCarthy. Ojalá le hubiera disparado en ese momento, pero le perdoné la vida, aunque vi sus pequeños y malvados ojos fijos en mi cara, como si recordaran cada rasgo. Escapamos con el oro, nos convertimos en hombres ricos y nos dirigimos a Inglaterra sin que se sospechara de nosotros. Allí me separé de mis viejos amigos y decidí establecerme en una vida tranquila y respetable. Compré esta finca, que casualmente estaba en el mercado, y me propuse hacer un poco de bien con mi dinero, para compensar la forma en que lo había ganado. También me casé, y aunque mi esposa murió joven, me dejó a mi querida pequeña Alice. Incluso

cuando era sólo un bebé, su pequeña mano parecía guiarme por el camino correcto como ninguna otra cosa lo había hecho. En una palabra, pasé página e hice todo lo posible por compensar el pasado. Todo iba bien cuando McCarthy se apoderó de mí."

"Había subido a la ciudad por una inversión, y me lo encontré en Regent Street con apenas un abrigo a la espalda o una bota en el pie."

" 'Aquí estamos, Jack', dijo, tocándome en el brazo; 'seremos tan buenos como una familia para ti. Somos dos, mi hijo y yo, y puedes quedarte con nosotros. Si no lo haces, Inglaterra es un país bueno y respetuoso con la ley, y siempre hay un policía al alcance de la mano' .

"Bueno, llegaron al oeste del país, no hubo manera de quitárselos de encima, y allí han vivido gratis en mis mejores tierras desde entonces. No había descanso para mí, ni paz, ni olvido; me volviera donde me volviera, allí estaba su cara astuta y sonriente en mi codo. La situación empeoró a medida que Alice crecía, pues pronto vio que tenía más miedo de que ella conociera mi pasado que de la policía. Todo lo que quería debía tenerlo, y todo lo que era se lo daba sin rechistar, tierras, dinero, casas, hasta que por fin pidió algo que yo no podía dar. Pidió a Alice.

"Su hijo, como ves, había crecido, y también mi hija, y como se sabía que yo estaba débil de salud, le pareció un buen golpe que su hijo se hiciera cargo de toda la propiedad. Pero me mantuve firme. No quería que su maldita estirpe se mezclara con la mía; no es que me desagrade el muchacho, pero su sangre estaba en él, y eso era suficiente. Me mantuve firme. McCarthy me amenazó. Me atreví a hacer lo peor. Quedamos en encontrarnos en la piscina, a medio camino entre nuestras casas, para hablar de ello.

"Cuando bajé lo encontré hablando con su hijo, así que me fumé un cigarro y esperé detrás de un árbol hasta que se quedara solo. Pero mientras escuchaba su conversación, todo lo negro y amargo que había en mí parecía aflorar. Estaba instando a su hijo a casarse con mi hija con tan poca consideración por lo que ella pudiera pensar como si fuera una puta de la calle. Me volvía loco pensar que yo y todo lo que más apreciaba estuviéramos en poder de un hombre así. ¿No podía romper el vínculo? Ya era un hombre moribundo y desesperado. Aunque tenía la mente clara y los miembros bastante fuertes, sabía que mi propio destino estaba sellado. ¡Pero mi memoria y mi chica! Ambas podrían salvarse si pudiera silenciar esa sucia lengua. Lo

hice, Sr. Holmes. Lo haría de nuevo. Aunque he pecado profundamente, he llevado una vida de martirio para expiarlo. Pero que mi chica se enredara en las mismas redes que me retenían a mí era más de lo que podía sufrir. Le golpeé sin más reparo que si hubiera sido una bestia asquerosa y venenosa. Su grito hizo volver a su hijo; pero yo había ganado la cobertura del bosque, aunque me vi obligado a volver a buscar la capa que se me había caído en mi huida. Esa es la verdadera historia, señores, de todo lo ocurrido".

"Bueno, no me corresponde a mí juzgarle", dijo Holmes mientras el anciano firmaba la declaración que se había redactado. "Ruego que nunca nos veamos expuestos a semejante tentación".

"Ruego que no, señor. ¿Y qué piensa hacer?"

"En vista de su salud, nada. Usted mismo sabe que pronto tendrá que responder por su acto ante un tribunal superior al de la Audiencia. Guardaré su confesión, y si McCarthy es condenado, me veré obligado a utilizarla. Si no, nunca será vista por un ojo mortal; y tu secreto, estés vivo o muerto, estará a salvo con nosotros."

"Adiós, entonces", dijo el anciano solemnemente. "Tu propio lecho de muerte, cuando llegue, será más fácil por el pensamiento de la paz que has dado al mío". Tambaleándose y temblando en toda su gigantesca figura, salió a trompicones de la habitación.

"¡Que Dios nos ayude!", dijo Holmes tras un largo silencio. "¿Por qué el destino juega tales bromas con los pobres e indefensos gusanos? Nunca oigo hablar de un caso como éste sin pensar en las palabras de Baxter y decir: "Por la gracia de Dios, ahí va Sherlock Holmes". "

James McCarthy fue absuelto en el juicio por la fuerza de una serie de objeciones que habían sido elaboradas por Holmes y presentadas al abogado defensor. El viejo Turner vivió durante siete meses después de nuestra entrevista, pero ahora está muerto; y hay muchas posibilidades de que el hijo y la hija lleguen a vivir felizmente juntos ignorando la negra nube que se cierne sobre su pasado.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**